EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXV — DECANO DE LA PRENSA LOCAL — Núm. 10.011

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.° y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

VIERNES 15 DE MARZO DE 1895

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

PARA HUERTAS Y JARDINES.

PUERTAS DE MURCIA, PLAZA DE CASTELLINI.

Azadones comunes, azadones estrechos para viñas, legones, palas, picos de hacha, picazas, plantadores, azadillas para jardin y azadillas sacadores de plantas, rastrillos de dientes, horquillas, tijeras para podar, guantes metálicos de malla, fuelles azufradores para viñas, arados, vertederas, grifos y válvulas, tapones para balsas, desgranadoras de maiz, bombas económicas y bombitas para jardin, juegos de herramientas de jardin para señoras y niños, espino artificial para vallas, bancos rústicos fijos, sillas y bancos plegadizos y mesitas para jardin.

Todo el herramental es de acero y los precios son extremadamente económicos.

ROSAS Y LILAS

(COLABORACIÓN INÉDITA.)

I

Como siempre llegó el soñador á su solitario rinconcito y se aposentó bajo su árbol predilecto. La tijera municipal, entrando á saco por las espesuras de selva del Retiro, había ido echándole de todos los cuarteles al trocarlos en parterres pulcros hasta obligarle á refugiarse en aquellas honduras por bajo de la estatua del Angel Caido. Allí leyendo á Becquer ó á Campoamor ó componiendo versos que recitaba, en voz alta á los pájaros y á las hojas, pasábase las horas muertas feliz en el silencio que le rodeaba mientras allá arriba, en el paseo, repercutía el sordo trepidar de los coches. Alguna vez atisbábanle los transeuntes manoteando y seguían riéndose de sus gestos. Nada veía el nostrálgico. Atravesaba los furiosamente románticos veinte años de su vida y el pino que le prestaba su dosel no se hallaba en Madrid: se hallaba en la luna.

Aquella mañana plácida sentíase el muchacho inspirado como nunca. Tal vez era ilusión suya, pero se le antojó que las hojas nuevas olían más que ningún día y que entre el follaje se advertía un alboroto inusitado. Misterios de un rayo de sol que empezaba á llenar de luz el rinconcito hasta entonces en sombra. Influido por el medio ambiente del lugar, el soñador sacó del bolsillo su tomo inseparable, hízole pupitre y comenzó á escribir versos en una cuartilla, recitándolos á toda voz según concluía cada estrofa.

Una de las veces oyó junto así un acento suave de mujer que decía con entusiasmo: ¡Bravo! ¡Bravo!

El poeta se volvió con presteza y vió ante sus ojos contemplándole una extraña criatura que le arrancó un grito de asombro. La voz no mentía. Tratábase de una mujer, pero de una mujer extrañamente vestida ó hablando en puridad singularmente desnuda. No usaba otra ropa que una profusión de velos blancos finísimos cubriendo sus carnes y el abrigo natural de su cabellera blonda, suelta y resbalando por sus espaldas hasta la cintura. Entre las guedejas de oro llevaba prendida una lluvia de violetas y posado en el túl que sujetaba en hueco con una mano un montón de rosas tempranas. Su rostro era tan dulce y atractivo que no podía mirarse sin sonreirse.

¿Te gustan? exclamó el muchacho con timidez.

Tienen la vida de la juventud y pues me los dedicas á mí, quiero coronarte por ellas.

Y antes de que el muchacho se diera cuenta de lo que le acontecía la deidad le arrojó encima todas las rosas, aprovechándose de la estupefacción del mozo para escapar.

Cuando el poeta quiso advertirlo ya no estaba ella en el rincón del árbol predilecto. Como un loco investigó entonces los alrededores. Nada... Ni el menor rastro. Había desaparecido.

II

Desesperado, jadeante, nervioso, á grandes zancadas se plantó en el paseo de coches; desierto. No era hora de concurrencia. A la carrera investigó las avenidas próximas á la estufa: ni un alma. Se había tragado la tierra á la deidad. Los pájaros cantando entre las hojas, el sol dibujando cenefas negras en la arena de las calles. De pronto, á lo lejos, vió algo que le llamó poderosamente la atención y que brillaba con haces de reflejos como si una constelación fuera por el paseo irradiando en pleno día. Echó á correr. Era una extraña carroza de oro tirada por cisnes blancos y negros enganchados con guarniciones de jacintos. Grave, de pie, iba una mujer arrogante vestida de tules, con el pelo suelto besado por la brisa. Era ella. ¡Ella! La que acababa de coronarle de rosas.

El romántico los alcanzó en un dos por tres, se cruzó en su camino y cual otro nuevo hidalgo manchego gritó cerrándola el paso.

—Quien quiera que seas, diosa inmortal, dímelo.

La deidad detuvo su extraño coche, miró al importuno con lástima y le replicó con una voz dulcísima:

—¿Pero tu corazón es ciego? Nada te dice de quién pueda ser yo? ¿Nada te han revelado hace poco mis palabras al coronarte?

El muchacho enmudeció y se puso rojo como una amapola. ¿Era Venus? ¿Era Juno? ¿Era Minerva? Carcajada va y carcajada viene en la carroza y á todo esto cuantos pájaros había en el parque agrupados en aquellos árboles mirando á la diosa y alborotando con sus trinos. En el lugar en que se hallaba la desconocida, la luz resplandecía con más fuerza, las frondas parecían más verdes, se advertía un inmenso alboroto.

Al cabo la deidad se cansó, de pronto los cisnes levantaron el vuelo, la carroza se remontó también como si echaran alas las ruedas, é inclinándose la deidad tomó del vehículo puñados de unas florecillas azuladas y un aguacero de lilas llovió sobre la cabeza del romántico.

—¡Eres un tonto! díjole la deidad antes de remontarse.—Tu debías de saber antes que nadie quién soy yo; pero puesto que no me has conocido, no te lo revelo. Vente por aquí el día 20 y lo averiguarás cuando el vulgo, cuando los guardas.

El poeta no tuvo tiempo de nada; cuando quiso volver en sí había desaparecido la deidad. Apenas en su casa, cogió febril el almanaque y buscó con ansia el día 20.

—¡Ah melón! exclamó entonces Ya sé quién era. ¡Claro! No podía darse á conocer. Estaba de incógnito para todo el mundo menos para los poetas y los pájaros. ¡Era la Primavera!

Alfonso Pérez Nieva.

(Prohibida la reproducción.)

Flores y espinas

(Colaboración inédita)

Cuando de Dios, admiro la grandeza
mi espíritu parece anonadado,
y en tanto el corazón siento aliviado
imagino que estalla mi cabeza.

—

Morir? ¡La dicha mayor
de quien vive en el martirio!
Vivir? ¡El grato delirio
para el que muere de amor!

—

Cuando á este mundo venimos
de la NADA procedemos,
así es, que cuando morimos,
en NADA nos convertimos
y á la NADA nos volvemos.

—

Recuerdos de mi pasado
dad nueva vida al delirio
en que yazco torturado
para no quedar clavado
á la cruz de mi martirio.

—

Que solo en tal sepultura
crezcan flores de quebranto,
regadas por la amargura...
Esa será la más pura
ofrenda del camposanto.

—

Dadme un grano de ilusión,
dos átomos de Placer
y quince de Abnegación;
y desta composición
resultará la mujer.

—

¡Madre! Nombre virginal
¡Madre! Ofrenda de amor puro,
¡Madre! Grito universal
¡Madre! Tu voz celestial
me enamora, te lo juro.

¿Por qué te hallo tan divina,
si te encuentro desdeñosa?
¿Porqué, hechicera Malvina
odio en mi pecho germina
si tu mirada amorosa?

A todos admiró tu gentileza,
nadie puede dudar que fuiste hermosa,
mas por tu corazón al preguntarles
de fijo exclamarán: ¡Era de nieve!

Adelardo Carnero y Vasquez.

(Prohibida la reproducción.)

VARIEDADES

CHARADA.

En una letra primera
son letras la cuarta y dos
y el tercero, cuando niño
me llenaba de terror.
Tiene el ave tercia-cuarta
que es también un animal,
siendo *prima-dos-tres-cuatro*
un silvestre vegetal.

FUGA DE CONSONANTES

.o.a. .a, .a.a.a. .o.a,
.i.é. .o.e é .o. .a a.a.a
.i .o...e .e .u .a.o.a

CALIFICO

JOS O

Antón.

Soluciones al número anterior:
A la charada: *Dolores.*

con sus rempiternas espuelas y botas de montar; y esparcidos aquí y allí en diversos grupos el resto de los convidados.

En un estremo de la sala se hallaba sentado Pablo Angelis, separado de todos los grupos, porque siempre retirado de la sociedad, no era muy extenso el número de sus conocidos, y porque además, allí solo concentrado en sus pensamientos podía más libremente entregarse á las dulces ilusiones de otro casamiento que había de efectuarse algún dia, no muy distante, cuyo casamiento había de poner el colmo á su felicidad.

Por el sencillo Astorga, destinado á echarlo todo á perder, ó mejor dicho, á descomponer casi siempre todos los planes agenos, á pesar de su bondad, no le dejó mucho tiempo gozar de su soliloquio delicioso.

Apenas lo divisó fué á él.

—Pablo—esclamó con la mayor sorpresa en sus acentos—cuánto tiempo que no te veo, y eso que temeroso de que estuvieras malo he estado en tu casa varias veces, pero siempre te he hallado fuera. Por lo visto solo este trueno gordo hubiera podido sacarte de tus castillas—agregó sonriéndose.—¡Quién hubiera pensado que ese demonio de Molina se casara!.... pero, en fin, Dios los haga felices.

¡Quién lo hubiera pensado en su edad ya avanzada, en su acendrada esperiencia, en su alma pervertida, y en decantado y reconocido cinismo!

Y Julia tal vez era la única mujer que en el catálogo de sus amantes le otorgase un sentimiento que rara vez había él inspirado: el desprecio....

. . . . . .

Muchos dias antes del fijado para la boda, estaban convidados los que deberian presenciarla, figurando en primera línea el opulento conde de Bonavides, su esposa, Fernando Carvajal y Lara, el predilecto Angelis, que Julia había tenido un empeño particular en hacer testigo del acontecimiento, Astorga, y después los demás amigos y conocidos de ambos contrayentes.

Llegó por fin el anhelado dia, y dió el reloj la deseada hora para celebrar la ceremonia.

Eran las ocho.

Se hallaban ya reunidos en casa de Julia, y en su sala, en primer término, su padre, anciano y paralítico, casi ciego y que por primera vez, hacia años, venía á cumplir su lugar correspondiente en la presencia de su hija: junto á éste el conde de Bonavides, y á su diestra Carvajal.

Cada cual de estos representando su papel de testigos, ocupaban los sitios de preferencia.

Más lejos veíase á la condesa con Lara, y Astorga

CAPITULO XIX

Cuán diversas son las facetas que presenta un gran acontecimiento en la vida del hombre y la mujer, que llamamos la unión de dos seres en uno, y bajo qué distintos aspectos puede contemplarse!....

Y sin embargo, con cuanta irreflexión, con cuanto desconocimiento de la vida entre manos no se contraen frecuentemente tales uniones, que hacen duelo que debiera ser una felicidad, la más irremediable